

EL HOMBRE QUE MATÓ A MESSI

EMMA RIVEROLA

EL HOMBRE
QUE MATÓ
A MESSI



Consulte nuestra página web: www.edhasa.es
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta: Salva Ardid Asociados

Primera edición: marzo de 2015

© Emma Riverola, 2015

© de la presente edición: Edhasa, 2015

Avda. Diagonal, 519-521
08029 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Avda. Córdoba 744, 2º piso, unidad C
C1054AAT Capital Federal, Buenos Aires
Tel. (11) 43 933 432
Argentina
E-mail: info@edhasa.com.ar

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, o consulte la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-1232-4

Impreso en Huertas

Depósito legal: B 4236-2015

Impreso en España

A Luis, Amanda y Max.

«Yo agonice con él, yo morí con él, yo de algún modo me he
perdido con él; por eso, fui implacable.»

Deutsches Requiem, Jorge Luis Borges

—Es usted, ¿verdad?

Y él, el hombre que mató a Messi, siente de nuevo el golpe en el estómago. De nuevo la sequedad en la boca. Una sequedad que le hace sentir la garganta de lija, que le roba la humedad de las meninges y, con ella, el entendimiento. Toda el agua del cuerpo concentrada en las glándulas sudoríparas. El sudor le brota de las axilas con tanta urgencia que parece rasgarle la piel. Empapados el sobaco, la nuca y la entrepierna. El vello impregnado de los residuos del miedo. Y el corazón, atado al cordón umbilical del recuerdo, estrellándose contra el esternón. Veinte años huyendo de esa pregunta. Veinte años volviendo a ese silencio de duelo que se apoderó del Camp Nou aquella tarde. Un silencio espeso como el escupitajo sanguinolento de un tuberculoso, de un apestado, de un paria... de él mismo. Lo recuerda todo. Lo que vio y lo que imaginó. Como si su cuerpo se hubiera convertido en una quimera de tres cabezas capaz de percatarse de todos los detalles de la tragedia que se extendía. Los ojos parían ojos que se esparcían por todo el campo. El llanto inconsolable de un niño. Las dos jóvenes agarradas a la misma bandera, con los cuerpos en tensión, como si la vida se les fuera en aque-

llos segundos de angustiosa expectación. La lágrima que resbalaba a trompicones por el rostro cuarteado de aquel anciano. Y, la peor, la mirada de su capitán. Le escudriñó y le desnudó al instante. Él lo sabía...

Esa mujer no puede saber quién soy. Parece una maestra amargada, de esas que sólo ven el mundo a través de las páginas amarillentas de libros viejos. Una virgen que seguirá virgen por mucho que se la follen. Se esconde. Está claro. Cualquier mujer que oculta sus ojos entre esas greñas es que huye de algo. Seguro que tiene sonrisa de vinagre. No es guapa. Aunque tampoco es fea. No es nada. Melena canosa. Labios prietos. Piel de enferma. Seguro que también huele a nada. Odio a la gente que no huele. Me da lo mismo que exhale perfume de rosas o apesten a cloaca, pero no soporto esa nada de quirófano. También oculta su cuerpo. Lo desprecia con esas ropas tristes de mujer sola. Ni hembra, ni sexo, ni pasión. Todo apagado. Aunque yo tampoco puedo ladrar mucho. Ahora, no. Pero antes, antes de que el fútbol y el mundo me dieran la patada, yo era el jabato del equipo. Un perro en celo siempre rodeado de cachorras bien dispuestas. Balón, coños y balón otra vez. Ése era mi mundo entonces. Y dinero. Todo el que quería, más del que nunca hubiera imaginado. También al servicio de los coños y el balón. Cierro los ojos, desaparece esta quietud de cementerio, y de nuevo estoy ahí, con la sangre hirviendo y el mundo en los cojones. Por huevos me voy a tirar a ésta. Por huevos me voy a comprar el Maserati. Por huevos vamos a ganar ese partido. ¡Por mis huevos que ese enano no nos mete más go-

les! Maldito seas, pibe de mierda, tú me lo robaste todo. En el mismo momento en que te cerraron los párpados, mi vida se escurrió por el desagüe del váter.

El club no tardó ni una semana en querer sacárseme de encima. Ni el presidente ni el míster me lo dijeron a la cara. Fue uno de esos ejecutivos engominados quien vino a buscarme a la salida del vestuario. No cruzamos ni media palabra camino de su despacho. El tipo apretaba tanto las mandíbulas que me recordó al protagonista de aquel videojuego que entonces me volvía loco. En cualquier momento se tizna la cara y se coloca un puñal en la boca, eso me dio por pensar. Y, a pesar de que ya me temía lo peor, me entró la risa. ¡Qué burro he llegado a ser! El tipo parecía bañado en perfume. Es curioso, se me ha borrado su cara de memo, pero distinguiría ese tufo al instante. Tenía un fondo de caldo rancio, de moqueta vieja. Como huelen esas coctelerías que destilan agonía con su clientela dentro. Momias amarradas a un dry martini. Sin copa se desintegrarían. Polvo somos, polvo seremos. Tú ya debes de ser polvo. ¿Lo eres, no? Aquella tarde, aún no. Mientras tu cadáver era banquete de los gusanos, a mí me devoraban las alimañas de la prensa. Una marabunta de hormigas devorando una cucaracha. Yo era la cucaracha. Así me trataban. Así me sentía. No respetaron nada. Ni a mi madre. Aunque ella, la reina de la colonia, no tardó en apuntarse al festín. La noche antes de seguir el rastro de un perfume de moqueta rancia, me topé con su rostro pintarrajeado a toda pantalla. ¿Cómo dejaste que te vistieran así, mamá? Parecías una puta. Supongo que ése era tu sentido de la

elegancia y de la lógica. Si en la tele todas parecían unas rameritas, tú no podías ser menos. Nunca me dijiste cuánto cobraste por aquella comedia. No dejaban de pasar las imágenes del cabezazo una y otra vez. A cámara lenta, deteniéndose en la jeta del enano, en mi mirada. ¿Usted ve odio en los ojos de su hijo, Carmen? Y entonces tú, la madre que me parió, me vendiste. Así de claro. ¿A qué venía recordar lo de Tono *el tonto*? ¿Qué pintaba ahí el bobo del pueblo? Éramos unos críos, madre, éramos unos críos, joder...

Jaro, el defensa más salvaje de la historia de la liga española, se rasca una testa poderosa cubierta de cabellos grises y desgredados. El mismo gesto tras el que trató de ocultar su confusión cuando aquella tarde llegó a casa y se encontró a una pareja de la guardia civil tratando de consolar a su madre. Ella, igual que haría años más tarde en un plató, también lloraba. Pero entonces su rostro no lucía ni una sombra de maquillaje y sus galas se reducían a una bata de algodón que había comprado en un mercadillo ambulante un par de años atrás. ¿Cómo has podido?, le espetó entre hipidos y lagrimones. Y allí, entre aquel par de interrogantes, el pequeño Jaro de ocho años comprendió que sólo se tenía a sí mismo. Ni siquiera su madre, que en aquel momento le parecía un ser horrible con el semblante cubierto de babas y lagrimones y aquellos cabellos ridículamente pegados a las mejillas por el baturrillo de fluidos, se molestaba en defender su inocencia. ¿Cómo has podido?, le gritó de nuevo, y él siguió hundido en su silencio, callando la respuesta que le hubiera delatado. He podido por-

que me molestaba, porque estaba hartado de que el muy tonto me quitara el balón una y otra vez cuando estaba a punto de batir mi propio récord, porque no soportaba su estúpida risa ni su cuerpo fofo interrumpiéndome en cada rebote, porque me encendía cada vez que alguien me animaba a chutarle la pelota, como si lo mío fuera un juego de retrasados. He podido porque me ha salido de dentro. Sí, de dentro. A veces me pasa. Me sube el ácido. Entonces no puedo pensar. Ahora tampoco quiero hacerlo.

—Tono ha perdido el ojo.

Al guardia le costó pronunciar el dictamen médico. Demasiado joven, apenas hacía un par de años que había sido licenciado y no se le daban bien ese tipo de visitas a domicilio. Le parecía que nunca acababa de encontrar el tono adecuado para comunicar los mensajes, y las reacciones que causaban sus palabras no siempre eran las esperadas. Además, llevaba media hora oyendo los bramidos de aquella mujer y temía haber perdido la serenidad necesaria para analizar la reacción del presunto culpable. Que encima el miserable fuera un niño aún le inquietaba más. ¡Qué diablos sabía él de psicología infantil!

Jaro supo que había llegado el momento de hablar. De hablar y de mentir.

—Ha sido jugando. Un codazo. Sin querer. Quería quitarme la pelota y me ha agarrado de la camiseta y yo he intentado que me soltara.

Sus palabras consiguieron el efecto deseado. Aunque la gravedad seguía dibujada en el rostro de los dos guardias civiles, un suspiro de alivio recorrió la estancia. ¡Al menos

no se enfrentaban a un monstruo! La conversación se extendió durante unos minutos más. La familia de la víctima aún no había puesto la denuncia; quizá si Jaro, acompañado de su madre, se acercara a hablar con ellos y les mostrase su arrepentimiento...

—Por supuesto que iremos a hablar con los del Tono.

Su madre, repentinamente rehecha de tanto llanto, había adoptado un tono decidido, casi rudo. Alegando un terrible ataque de jaqueca, consiguió que los agentes desfilaran a paso rápido. Les despidió con una amabilidad que, tan pronto cerró la puerta, se tornó ira. Jaro sabía lo que vendría entonces. La tez de su madre perdería el color. Una pátina de sudor le cubriría la pelusilla del bigote y le perlaría la frente. Sus manos se transformarían en garras y la vena de la garganta se le hincharía tanto que él no podría evitar perder un instante precioso imaginando que esa congestión exagerada reventaba al fin y la sangre borbotaba cubriéndolo todo de un rojo tremendo, absoluto. Una bofetada. La primera siempre le pillaba de improviso. Aunque él ya sabía que la transmutación acababa invariablemente en un ataque de furia, nunca adivinaba el instante exacto del primer tortazo. Después, todo era más fácil. Él se cubría y ella seguía dando. Fuera de sí.

—¡No ha sido sin querer! ¡Monstruo! ¡Degenerado! He parido al diablo. ¿Qué he hecho yo, dios mío, qué mal he cometido para que todas las desgracias me vengan a mí? ¡Satanás! ¡Asqueroso! Me vas a llevar a la ruina...

Pero no, lo cierto es que el crío de la cabeza pelona —así no traes piojos a casa—, de huesos prominentes y cuer-

po nervudo, no le llevó a la ruina. De hecho, le construyó la casa más lujosa del pueblo. Aunque eso no era difícil. La tradición de los habitantes de aquel erial mísero y triste era tomar la carretera para no volver. Nadie encalaba sus casas ni plantaba geranios en las macetas. Era un pueblo de viejos y de perdedores. Pero Carmen quiso quedarse. Aunque cuando llegaron los días de gloria pasaba largas temporadas en el trípex de su hijo en Madrid, nunca abandonó aquellas calles cansadas de sí mismas. Por ellas se paseaba con los modelos extravagantes que compraba en las tiendas más caras y de peor gusto de la capital. Una procesión de telas brillantes con incrustaciones aún más relumbrantes, estampados de pantera y tules multicolores. ¡Parece que vayas de boda!, le decían siempre las vecinas alimentando su ridícula vanidad.

—El niño, que me malcría.

Pero no, Jaro no la consentía. En realidad, ni siquiera hubiera sabido cómo hacerlo. Él, excepto sopapos, nunca había recibido de su madre nada más que lo estrictamente necesario. No había vivido esa circunstancia como una tragedia. Las cosas eran así. Su padre había tenido la mala ocurrencia de volcar con el tractor y morir aplastado entre una roca y la cabina cuando el niño sólo tenía dos años, con lo que el hombre se llevó a la tumba hasta los recuerdos. Entonces, su madre se agrió. Se enfureció con la vida. O al menos eso era lo que la abuela siempre le contó a Jaro. El niño se crió con una ausencia y un enojo. Libre y sujeto a la vez.

Ver a mi madre en aquel plató de televisión me dolió. No esperaba gran cosa de ella, pero aunque sólo fuera por

su propio interés... Porque ahí, la cosa se acabó. El grifo se cerró. Ya no más caprichos de nueva rica. Pero el más burro fui yo. Como siempre. Ella se había acostumbrado a sus joyas horteras y a las botellas de champán. Sobre todo al champán. Y encontró la manera de seguir bebiéndolo a todas horas. De Villanueva del Corzo a la trituradora de carnaza televisiva. Lo vendió todo. Nuestro pasado, nuestro presente y los jirones de futuro que intuía. Al principio, yo era el centro de sus intervenciones. De exclusiva en exclusiva y, en cada una, me hundía un poco más en la miseria. Vendió mis traslados, mis amantes y cada una de nuestras discusiones, hasta que conseguí desaparecer del mapa. Pero ni siquiera mi ausencia detuvo su carrera. Ya se había convertido en carne de cañón. Pedazo a pedazo vendió su obscena intimidad cada vez más nauseabunda. La última fue una estúpida sesión de espiritismo en la que supuestamente contactó con mi padre. Ambos hablaron de mí, de lo mal que les había salido, de cómo mi padre se revolvió en la tumba ante mi «carácter del diablo». Esa misma noche, de regreso al pueblo, el taxi que la conducía a su mansión de bodas y banquetes derrapó de manera inexplicable. Se fue al fondo del Barranco Negro. Yo creo que fue el espíritu de mi padre. El de verdad, no la martingala de la tele. Seguro que se le inflaron los huevos con la puta médium y la puta de mi madre, y se la llevó. Tuve que ir a reconocer el cadáver. Un guiñapo machacado en el que los restos de sangre se mezclaban con el maquillaje de buscona de plató. No fui a su entierro. ¿Para qué? Polvo somos.

Cuando el relamido de aroma de moqueta me dijo que me anulaban el contrato, me nublé. Noté que el ácido me subía otra vez. Pero el recuerdo de los ojos en blanco del enano y sus últimas convulsiones me frenaron. Descargué un puñetazo en la pared. Y entonces noté su miedo. Y me puse cachondo. Aún se me levanta cuando lo recuerdo. Si tú supieras, maestra amargada, que ahora, en este mismo momento, mientras pinchas distraída esa hoja de lechuga, tengo una tremenda erección...

Un torneo interclubes de verano catapultó a Jaro muy lejos del hogar donde había nacido. Del áspero campo de fútbol de tierra del pueblo a la hierba fresca del Real Madrid. Sin pasos intermedios, sin césped artificial ni campos de regional. De un extremo al otro. Así funcionaba él. Así funcionaba su vida. Tras el segundo partido del torneo ya se le acercó un ojeador. En su libreta había anotado un par de líneas sobre aquel pelón de orejas demasiado grandes y mirada simiesca: «Poca dotación técnica. Ambidiestro. Con un tiro muy potente. Domina el uno contra uno. Muy valiente y persistente. Gran voluntad».

Sólo tenía nueve años. Pero no lo dudó. Su madre se lamentó lo justo para simular que le apenaba vivir alejada del crío, pero sus escasas visitas de fin de semana pronto despejaron cualquier duda sobre el peso de su ausencia. Lo primero que Carmen hizo al verse sola en casa fue buscarse un amante. Por Jaro no hubiera hecho falta que esperara, a él no le hubiera importado compartir el baño con aquel camionero, incluso lo hubiera preferido si eso apaciguaba los ánimos de su madre, pero a ella sí le afectaba.

Prefería seguir siendo la joven y casta viuda del pueblo. Su decoro le otorgaba una posición. O al menos así lo creía ella entonces. Por eso nadie debía saber que su cuerpo hacía años que quería declararse en rebeldía contra aquella virtuosa declaración de principios. Aquel hombre apocado, de pocas luces, pero siempre dispuesto a perderse entre las piernas de una mujer, fue el objetivo perfecto. Se conocían de vista desde muchos años atrás. Él, una vez por semana, reponía los suministros de la única tienda del pueblo. Todo empezó con un pequeño incidente. Carmen llevaba una jarra de caldo a su madre, encamada y sudando un resfriado, cuando vio a Baudilio abriendo el portón de su camión. La camiseta se había levantado lo justo para mostrar dos centímetros de carne. Sólo dos. Suficiente para que la mujer perdiera el juicio y echara mano de lo primero que se le pasó por su ofuscada mollera para llevarse esos dos centímetros y el resto del cuerpo a su casa. Simulando un tropezón, sobre él fue a parar el litro de caldo caliente. La abrasión en la espalda, junto con aquella rotunda hembra que de repente había caído entre sus brazos, hundieron al hombre en un estado de confusión y calentura que fue aprovechado con prontitud por la atacante. Con la excusa de prestarle los primeros auxilios se llevó a casa al incauto, que, a pesar de tener la espalda como la superficie de Marte, cumplió como el mismo dios. A partir de entonces, la relación quedó fijada en los días de reparo. Él simuló un cambio de horario y llegaba al pueblo justo antes del almuerzo. Descargaba, tomaba dos bocados en el bar de la plaza y después anunciaba una cabezadita en

el camión. La ubicación un tanto desprotegida de la casa esquinera de Carmen resultó providencial para aquellas pasiones furtivas. La vivienda se hallaba al final de la calle principal. La entrada del patio daba al lado este del pueblo. Es decir, frente a la nada. Kilómetros de erial cruzados por una carretera parcheada. Baudilio aparcaba el vehículo en esa esquina. Nunca despertó sospechas. Bajo la sombra de una morera y ya encarado a proseguir su camino. Subía a la cabina, corría las cortinillas y esperaba los dos golpes secos en la puerta. Era la señal. Cuatro pasos y se colaba por la puerta del patio que la viuda había dejado entreabierta.

Aquellos amores siempre precipitados duraron nueve años. Terminaron bruscamente cuando Jaro debutó en la división de honor y en su ficha fructificaron los ceros. En ese instante la viuda revisó su vida y llegó a la conclusión de que el camionero no encajaba en el nuevo escenario. Si su niño iba a ser famoso, ella tendría que buscarse a alguien de más categoría. Todo se precipitó en dos años. El niño, más que famoso, se convirtió en un fenómeno. Un ídolo. No sólo era el rey del estadio, sino que sus veinte años, su cuerpo musculado y esa mirada de animal de presa empezaron a ser trofeos codiciados por los anunciantes. Al mismo tiempo que el dinero se multiplicaba en la cuenta corriente compartida, los planos de lo que iba a ser un chalet de tres habitaciones empezaron a sufrir más y más ampliaciones. Carmen se hizo adicta a los programas televisivos que exhiben las casas de los famosos. Extravagancia que veía, extravagancia que quería. Ahora un jacuzzi. Ahora un vestidor con los muebles forrados de madera lacada

en fucsia. Jardines infestados de estatuillas de Disney. Y metros. Muchos metros cuadrados. Todo estúpidamente inmenso. Al fin, el chalet se transformó en una mansión donde nada tenía ni pies ni cabeza. Tan sólo la opulencia por la opulencia. Para Carmen era imprescindible que cada porcelana, cada alfombra, silla o cuadro delatara, en un golpe de vista, lo abultado de su precio. Muerte al minimalismo y larga vida a los dorados.

Guangzhou Evergrande. Eso me dijo el moquetillas. ¿A China? ¿Con los chinos? ¡Estáis locos!, le grité. ¡Locos! Salí del despacho cerrando la puerta con toda la fuerza que fui capaz de concentrar en mi mano izquierda. (La derecha había quedado inutilizada después del puñetazo en la pared). ¡China! Me echaban del Real Madrid y me enviaban al otro lado del mundo. Había oído hablar del Evergrande. Estaba hermanado con el Real y había adoptado nuestro sistema de entrenamiento. Incluso se rumoreaba que se celebraría algún amistoso la temporada siguiente con una prima de lo más suculenta. Perfecto para ir de visita y llenarse los bolsillos. Pero ¿cómo se atrevían a enterrar mi carrera profesional entre fideos y rollitos de primavera? China estaba reservada a futbolistas de segunda o a viejos en busca de un retiro de oro. ¡Yo era un número uno! El mismo que apenas tres semanas antes había rechazado una oferta millonaria del Manchester. Mientras escupía insultos y repartía patadas por el pasillo, marqué el número de mi representante. ¿Qué mierda ha pasado? ¿Por qué no estabas aquí? ¿Cómo puede ser que no te hayas enterado de que pretenden darme puerta?

Puerta. Sí, él también me dio puerta. Tardó un poco más. Tres semanas, lo justo para que yo ya me hubiera dado cuenta de que todo había cambiado. El teléfono no dejaba de sonar, pero sólo eran carroñeros en busca de una entrevista. Los otros, los que eran tan amigos, los que cada día llamaban para hablar con el monstruo, el portento, el crack, el loco Jaro, éstos, los que removían cielo y tierra para que asistiera a sus fiestas, vistiera sus diseños o luciera sus joyas, nada, callados. Y ese silencio delataba la verdad a gritos. Como si yo también hubiera muerto en el estadio. Me había convertido en el enemigo público número uno, el coco de los niños, el malo de todas las películas. Los periódicos no aflojaban. Día sí, día también, me encontraba con la cara del enano Peter Pan. Que si su madre recordaba lo buen hijo que había sido; su mujer, lo buen marido; su abuelo, lo buen nieto... Y niños, montones de niños. Niños enfermos que él había visitado en el hospital, niños a los que había pagado sus prótesis o sus tratamientos, niños pobres a los que había ayudado con su fundación. ¡Era el puto dios en la tierra! Todos hechizados por su absurda sonrisa de bobo. Y yo... yo era el diablo.

Satán había matado a dios. El mal había vencido al bien. La mirada oscura, simiesca, fiera de Jaro había devorado la sonrisa ingenua del delantero universal. Para siempre. Sin posibilidad de resurrección para uno ni redención para el otro. La tragedia nació a dos metros del área, en el minuto 88 de juego, pero empujada por lamentos y silencios, se extendió por hogares, ciudades y países hasta que el mundo entero se tornó territorio enemigo para el de-

fensa. Como cuando era chico, su mantra del «fue sin querer» y toda la maquinaria de abogados y expertos de imagen del Real Madrid consiguieron disolver de antemano cualquier posibilidad de que Jaro tuviese que explicarse ante los tribunales, pero su futuro ya estaba sentenciado. ¿Cómo asumir que toda esa gente que se arremolinaba en el aparcamiento para verle salir con su Maserati ya no buscaba un autógrafo? Jaro subía el volumen de la música hasta conseguir que los rostros crispados se tornaran máscaras de mimo, apretaba a fondo el acelerador y trataba de no detenerse hasta cruzar el umbral de su casa. Sentía que se estaba volviendo loco. Y lo peor es que sabía que no podía compartir con nadie sus pensamientos. Al fin y al cabo, el enano no era más que el puto rival, se repetía. Jaro había acabado para siempre con él. ¿Por qué los suyos le odiaban? No podía comprenderlo. Era como despertar una mañana atacado por un virus que hubiera trastocado su capacidad de relacionarse y conectar con el resto de la humanidad. Sentía rabia. Y desesperación. No podía vivir sin el fútbol. Del mismo modo que ya no podía vivir sin despertar admiración. Se sentía desnudo sin esas voces que le adulaban a todas horas, que le proclamaban amor incondicional, que le hacían sentir el más fuerte, el mejor. Necesitaba su dosis de aplausos como el yonqui la heroína. Sobre las lisonjas había construido su fortaleza. Sin ver su reflejo de héroe en la mirada de los demás, temía que su traje de poderes mágicos se desvaneciera y se tornara un humano sin más. Un desvalido. De nuevo, el niño pelón de Villanueva del Corzo. Nadie.

—¿Te dio pena?

—¿De qué me hablas ahora?

—De él, de Messi, cuando viste que moría...

Lo extemporáneo del momento debería haberle puesto en aviso. Apenas la conocía. Era una de tantas que se dedicaban a coleccionar cromos del vestuario. Sólo buscaban un nuevo dorsal del Real Madrid que añadir a su galería de trofeos de cama. Siempre dispuestas. El último recurso cuando la conquista de la modelo de turno o la famosilla del momento se frustraba. Y a Jaro, aquellos días, le habían fallado todas. No era muy guapa. Grandes tetas y poco más. Pero ella le miró. Le admiró. O eso creyó él. Y no pudo resistirse. Necesitaba sorber el néctar de la devoción, enamorarse de sí mismo en el espejo de la admiración ajena, sentir de nuevo el poder emergiendo de su interior. Jaro leyó su mirada, la tomó por la cintura y todo quedó dicho. Media hora más tarde él se abrió paso entre las piernas de ella con el ansia de un fanático en trance con su dios. Al fin volvía a dirigir el mundo desde el bastón de mando de sus atributos. Pero aquella pregunta, formulada en pleno éxtasis, tenía que haberle devuelto al barro en el que se encontraba desde hacía exactamente 10 días. El mismo número que el pequeño ídolo lucía en su camiseta.

—¡Que le den por el culo al enano de mierda!

Ésa fue exactamente la frase que pronunció entre pezón y pezón ante aquellos interrogantes inoportunos. El sonido no era muy nítido, la masa blanda y casi comestible de aquellos pechos desbordantes le tenían atrapado. Pero no hubo glándula mamaria que evitara que la frase y el

rostro crispado de Jaro quedaran registrados en un móvil estratégicamente disimulado. Más carne para el matadero. Nuevos días de gloria para la feúcha de tetas grandes.

Los bocados de ira se entremezclaban con la humillación y una alimentaba a la otra, hasta quedar atascadas en la garganta de Jaro. Aquel nuevo documento gráfico, convenientemente triturado por los devoradores de vísceras mediáticas, acabó de frustrar cualquier destino europeo para el defensa. Su fisonomía se convirtió en un libro abierto para todos los expertos del mal. Desde celeberrimos criminólogos hasta aprendices de brujo se lanzaron a desentrañar el infame cerebro de Jaro. El catálogo de teorías cubría todos los campos. Había psicólogos que cada día ponían un nombre distinto al origen de su agresividad. Otros estrafalarios charlatanes autodefinidos como expertos en reencarnación y espiritismo aseguraban que por el alma de Jaro se paseaban todos los alientos del mal, desde Mengele a Jack *el Destripador*; incluso, el hálito cósmico de algún alienígena perverso. Hasta el reputado profesor Bermúdez se avino a participar en el circo de la majadería y cimentó una hipótesis basada en algún drama freudiano relacionado con su infancia y su madre. Ella, Carmen, la madre, aunque no sabía muy bien ni quién era Freud ni, mucho menos, ese tal Edipo al que tanto se referían, culpaba de todos los males al demonio. Su hijo había nacido así. Y ella no había podido hacer nada. Si acaso, sufrirlo. Tenía un montón de argumentos que lo corroboraban. Aún recordaba el ansia con el que el niño de teta succionaba sus pezones. ¡Si parecía querer arrancarlos! Lo de Tono *el tonto* salía día sí, día también. Has-

ta llevaron al plató al pobre tuerto. También tuvo su foco el hombre a quien, cuando eran cadetes, rompió la tibia y el peroné en una entrada volcánica. O el entrenador que sólo duró tres semanas y fue despedido al ser descubierto grabando a los infantiles mientras se duchaban. Lo peor fue aquel programa que vino anunciándose como la gran exclusiva durante una semana. Parecía que Carmen iba a revelar un detalle definitivo. La prueba contundente de la perversidad inherente de Jaro. La productora tiró la casa por la ventana e incluso contrató, para ese día, a un afamado director de fotografía especializado en cine de terror. Querían crear para el programa una atmósfera única, irreplicable. El contenido lo valdría. Carmen confesó al mundo que, en su fuero interno, siempre había estado convencida de que su hijo Jaro, la sangre de su sangre, había asesinado a su marido. Con su rostro iluminado grotescamente entre sombras y una melodía que recordaba las escenas más inquietantes de una película de fenómenos paranormales, Carmen relató cómo una tarde, aquella tarde, ella se encontraba zurciendo una camisa de su marido cuando, de repente, el pequeño Jaro abandonó los muñecos con los que se entretenía, corrió hasta su falda, cogió la prenda con su mano regordeta y, con una fuerza extraordinaria, casi sobrenatural, se la arrebató y la arrojó al suelo. Naturalmente, el gesto fue acompañado por una estridente carcajada infantil.

—Yo le decía que callara, pero él venga a reír. A reír y a reír. Faltaban diez minutos para las cinco de la tarde. Lo sé con toda seguridad. Estaba esperando para ver el serial por la televisión. Y ésa fue la hora. La misma hora.

Millones de telespectadores contuvieron la respiración. Con una cadencia estudiada, en el plató se reproducían imágenes del pasado. Carmen y su marido cogidos de la mano, de viaje en Madrid, cenando con los amigos, el día de la boda. Un selecto abanico de imágenes de la felicidad. Todas, de antes de que apareciera él: Satanás.

—Mi marido, mi Carlos, murió a la misma hora en que su hijo de dos años reía y lanzaba su camisa lejos de mí.

Jaro vio aquel programa con las maletas listas para emprender la huida a China. Era mentira. Todo era mentira. Siempre le contaron que, la tarde en que murió su padre, él había quedado al cuidado de sus abuelos. Carmen había acompañado a su cuñada a la capital para comprar el traje de la comunión de su primo mayor. De hecho, siempre sospecharon que, antes de empezar la jornada de tarde, el padre de Jaro había estado comiendo y regando un pantagruélico almuerzo con su hermano. Cosa que explicaría la extraña maniobra que le llevó a estrellar el tractor y su cabeza contra las rocas. Los abuelos de Jaro fueron a esperar a su hija a la parada de autobús. Allí le dieron la mala noticia y, allí también, en medio de la plaza del pueblo, ella lanzó aquel grito que quedó para siempre en la memoria de Villanueva del Corzo.

—¡El hijo de puta me ha dejado sola!

Un primerísimo primer plano mostraba las lágrimas de su madre. Y en ese preciso momento, Jaro se quebró. Fue el primer día en que lloró. Por Messi no había derramado ni una lágrima. Tampoco por el derrumbe de su propia vida. Hasta aquel instante su mente había estado dominada por la rabia y la perplejidad. Pero aquel espec-

táculo siniestro y obsceno, aquella gala del despropósito apuñaló su orgullo y, a través de la herida abierta, pudo sentir cómo se derramaba su voluntad. La bravura se le iba. Y, con ella, él mismo. El loco Jaro agonizaba.

A China me fui. ¡Asco de país! Hasta el lujo olía a burdel. Me instalaron en el mejor hotel de la ciudad. Estaba bien, no puedo negarlo. La habitación era espectacular. En realidad, era un apartamento que, exceptuando la colcha hortera de flamencos, me hacía olvidar que estaba en el culo del mundo. Sumergido en el jacuzzi, espatarrado en la cama o devorando un entrecot sentía que controlaba. Pero me asomaba a los ventanales y no podía creer que aquel decorado fuera cierto. Simplemente, me resistía a seguir inmerso en aquella maldita pesadilla, no aceptaba que mi vida hubiera estallado en mil pedazos y no pudiera recuperarla. Necesitaba volver atrás. Retroceder a aquella tarde. Y conseguir retrasar mi carrera. Tres segundos bastarían para evitar el choque. Para evitar ese instante en que oí cómo se quebraba algo en la cabeza del enano. En China me obsesioné con ese ruido y esa muerte. Como si aquel crujido hubiera sido el interruptor de mi final. ¿Y si ambos habíamos muerto? ¿Y si, en realidad, aquel cabezazo nos hubiera matado a los dos? Me planteé esa posibilidad y llegué a creer firmemente en ella. Eso lo explicaría todo. El rechazo de todos los clubes importantes. La traición de mi madre y el exilio en China. Sí, eso tenía un sentido o en mi locura yo así lo veía. Entonces, yo no estaba perdido en una pesadilla, estaba ardiendo en el infierno. Ésa era mi condena. El olvido de todos. Lo peor de

aquella paranoia era constatar que él, el enano, no estaba conmigo. Eso quería decir que el puto pibe de los cojones, con su rostro angelical, había ido al cielo. ¡Cómo me encendía ese delirio! Me daban ganas de cabecearle una y otra vez. Puta locura.

Tirarme abajo. Algunas noches, desde aquellos ventanales, hipnotizado por la ciudad encendida, imaginaba cómo sería lanzarme al vacío. ¿Moriría antes de estrellarme? ¿Sentiría dolor? ¿Reventaría mi cuerpo? Tardé días en atreverme a salir solo por la ciudad. Durante dos semanas me limité a ir del hotel al club en el coche con chófer que tenía a mi disposición. Al fin, un día, ahogado en mis angustias y al borde de un ataque de ansiedad, me decidí a patear las calles. Perdido. Me sentía perdido hasta de mí mismo. Era como si mi cerebro se hubiera tornado el de un niño y necesitara la mano de un adulto para caminar. ¿Qué significaban todos aquellos carteles? No reconocía nada, todo me era extraño. Las calles, un laberinto. Los rostros, una máscara. Las indicaciones, un jeroglífico. Y yo, solo. Más solo que nunca. Pero esa soledad también tenía algo de refugio. Allí, entre aquellas voces chillonas y envuelto en aromas pegajosos, yo no era nadie. Un rostro exótico. Quizás un ingeniero europeo. Tal vez un periodista. O sí, quizás un deportista. Pero nadie me escupía silencio o insultos. Allí, no era el asesino de dios. En aquel rincón incomprensible del mundo, la muerte de Messi no había generado la colosal locura que había provocado en el resto del planeta. A sus pantallas no había llegado mi madre ni todo mi pasado dispuesto a patearme.

Además, ¡cobraba más que él! En aquellas calles que idolatraban a los jugadores de pingpong, yo cobraba más que el argentino. Y eso me llenaba de alegría, quizá la única puta satisfacción que me quedaba. No podía evitarlo, aunque él estuviera muerto, yo seguía manteniendo vivo nuestro duelo. Necesitaba sentir que le ganaba. A lo que fuera. En realidad, yo no había abandonado la cancha. Seguía allí. Bajo los focos y la presión de la gradería. Podía sentir la humedad del ambiente y el sudor resbalando por mi piel. Oía el golpe seco de las botas contra el balón y mi respiración atronando en el pecho. El corazón, a galope tendido. Corría y corría. La pelota volaba por los aires. Tenía que ser mía. Ahí estaba él. Los dos corrimos y saltamos para cabecearla. El impulso fue tremendo. Todo el cuerpo en tensión, tratando de alargarlo unos centímetros. Me mojé con su sudor igual que él debió de sentir el mío. También le oí. Y oí su jadeo de esfuerzo. Y, sí, le vi.

Rotura del bulbo raquídeo. Muerte instantánea. Los médicos aseguraron que la pringó en el mismo instante del cabezazo. Eso dicen. Pero yo sé que no es cierto. No murió al momento, ni siquiera de forma rápida. Los científicos asegurarían que digo una tontería. Y sí, suelo decir las, pero esta vez es diferente. Lo sé porque lo viví. Aquel instante se alargó tanto que necesitaría horas para poder explicarlo. Dicen que cuando mueres ves pasar toda tu vida. Yo asistí a esa película. Como si nuestro choque me hubiera permitido acceder a una sala prohibida. Sentí que ese soplo se convertía en un infinito interminable. El tiempo se alargó igual que un grito retumbando entre monta-

ñas. Sí, es eso, un eco... Aún lo oigo. Aunque ahora ya calla por las noches.

El loco Jaro creyó volverse realmente loco en Guangzhou. Su mente no dejaba de reproducir el chasquido que él aseguraba haber oído cuando su frente impactó en la cabeza de Messi. Un crujido. Un estallido. Un chirrido que anunciaba el desastre. Un espeluznante sonido que llenaba su habitación cada noche y que le despertaba, sobresaltado, al multiplicarse hasta tornarse un estruendo aterrador. Tenía miedo a dormir y terror a la noche. Pronto, su rendimiento empezó a disminuir. Cometía errores de principiante. Su cuerpo respondía un segundo más tarde de lo debido. Su cerebro parecía saturado de irrealidad. Las noches estaban entregadas a las pesadillas y las calles que le regalaban el anonimato también le recordaban, a cada paso, que aquel no era su lugar. Desubicado. Perdido. Él, el gran vencedor, estaba siendo derrotado en todos los campos.

Hubo un día en que no pudo salir del vestuario. El encuentro prometía ser un paseo. El contrario era un equipo de una pequeña ciudad de provincias. Nada especial... Salvo la presencia de un valenciano en sus filas. Un joven central que, incapaz de abrirse paso en la liga española, había conseguido una buena ficha en el fútbol chino. Una semana antes, tan pronto el árbitro había pitado el final del partido, Jaro había empezado a angustiarse por el siguiente envite. Al principio se trató de una inquietud indefinida. Perdió el apetito. Su movimiento involuntario de pierna se disparó. Los estertores de Messi se multiplicaban en la alcoba. A medida que avanzaba la semana, el desasosiego

se disparaba y tomaba un nombre, el del central del próximo equipo rival. Era una estupidez, se recriminaba cada día con más furia al percibir cómo su comezón también se multiplicaba. Las dos últimas noches no pudo pegar ojo. Y allí, en el vestuario, enfundado en su camiseta encarnada, sintió que las piernas no le sostenían. No podía. Sencillamente no podía enfrentarse al rostro de ese joven. Temía ver reflejada en su mirada todas las recriminaciones de su pasado. Alegó un mareo repentino, una fuerte indisposición, un insostenible dolor de cabeza. Fue tanta la intensidad que puso en relatar su dolencia y tan notoria su falta de movilidad que el médico del club solicitó una ambulancia y fue sometido a un exhaustivo chequeo en la mejor clínica privada de la ciudad. Tumbado en la cama, después de haber sido analizado por varios médicos con los que, por supuesto, apenas había intercambiado cuatro palabras de cortesía, le anunciaron que vendría a visitarle uno de los psicólogos del centro médico. Cuando vio su rostro occidental asomando por la puerta respiró aliviado. Cuando le oyó pronunciar las primeras palabras, maldijo su mala suerte.

Argentino. El hombre llevaba cinco años instalado en China estudiando la influencia del taichi, el chi kung y otras prácticas corporales orientales sobre la estabilidad de la mente.

—Vamos a ser francos. Creo que será lo mejor para ambos. Yo sé quién es usted. Conozco perfectamente su carrera y también sé por qué está acá. Los informes físicos han descartado cualquier dolencia específica, pero usted

no está bien. Ya le habrán informado de que soy psicólogo. Creo que puedo ayudarle, si usted quiere...

—¿De qué parte de Argentina es?

—Rosarino.

—Me cago en la puta.

El argentino apenas pudo contener la sonrisa. Cincuenta años, flaco, tez morena, cabello largo y ralo, salpicado de canas, y una calva incipiente. Nariz prominente, rotunda, dueña de un rostro endulzado por unos labios carnosos y una mirada oscura, cálida, acostumbrada a acariciar. El psicólogo se sentó en una silla próxima a la cama y apoyó sus brazos nervudos en la mesa. Juntó sus manos, muy próximas al rostro, hundió su labio inferior entre los dientes e interrogó con el gesto. Quizá fue la serenidad de aquel rostro o la percepción, por primera vez desde hacía mucho tiempo, de un silencio que acallaba sus demonios, el caso es que algo se quebró en el interior de Jaro. Como si una rueda que tensara todos sus músculos, órganos, arterias, venas y piel se hubiera resquebrajado liberando al fin todo su cuerpo. Un títere desmandado de sus propios hilos. Que el médico fuera argentino, y de la misma ciudad que Messi, le pareció a Jaro una burla más del destino. Pero aquellos días se sentía tan perdido y tan extraño dentro de su cuerpo que aceptó iniciar una terapia con el psicólogo, reconociendo que tal vez se estaba poniendo en manos del mismo Lucifer.

El doctor Mercuri no resultó ser el príncipe de los ángeles rebeldes. Su humor inteligente, la aparente calma con la que acogía las confesiones más tremebundas, una curio-

sa mezcla de perfecta eficiencia y perpetuo despiste consiguieron aportar algo de equilibrio al tambaleante mundo de Jaro. El acento argentino, lejos de amedrentar al defensa, consiguió provocarle un punto de irritación y conmoción suficiente para que vaciara parte de la rabia y la perplejidad que sentía.

—Además del fútbol, ¿tenés alguna afición que os apasione?

—¿Follar sirve?

—De eso creo que ya te encargás vos.

Mercuri respondió a la provocación de Jaro con una sonrisa no exenta de ironía. Era ya la sexta semana de terapia. Entre ambos había nacido cierta complicidad, aunque probablemente tenían más motivos para odiarse que para apreciarse. El argentino, forofo del fútbol y rendido admirador de Messi, se guardó de confesarle que le hubiera gustado administrarle una dosis mortal de diazepam en cuanto supo que el defensa ocupaba una de las habitaciones de la clínica destinadas a personalidades. A falta de hijos, su perro se llamaba *Lionel* y entre su vestuario inconfesable se encontraban las camisetas del Barça y la de la selección argentina con el obligado número 10. Pero había algo en Jaro, en aquel hombre orgulloso, tozudo y primario, que, más allá del obvio compromiso hipocrático, le alentaba a ayudarlo.

—¿Jugar con la Play?

—No. Algo que no suponga una batalla contra ti mismo. Algo que te obligue a salir de tu habitación... ¿Nada? ¿Ninguna distracción en tu vida más allá del balón?

—Caballos... De niño me encantaban los caballos. Alguna vez había conseguido montar a cambio de ayudar a limpiar las cuadras. Eran de Eladio, el farmacéutico; su familia siempre había sido la más rica del pueblo, hasta lo mío, claro...

Mercuri arqueó las cejas ante aquel *lo mío*, sin lograr discernir si era la expresión de una vanidad o de una enfermedad.

—¿Por qué no probás de volver a montar?

—¿Aquí?

—Estamos en China, no en Marte. Hay varias hípicas en la ciudad.

Jaro desechó la idea con desprecio. Sin dedicarle ni un solo segundo de consideración. Pero aquella noche, cuando de nuevo llegaron la angustia, el insomnio y el lastre de lo perdido, regresó a su conversación con Mercuri y a las cuadras del Eladio. El recuerdo era nítido. Él, zanquilargo a sus ocho años, con el pelo mocho y vestido con un chándal que le iba, como siempre, demasiado corto. ¡Que quede bien limpio, si no te vas a tu casa de vacío! El farmacéutico siempre repetía la misma frase. En aquel hombre enjuto todo parecía repetido. De generación en generación, independientemente del régimen político que gobernara, de las desgracias o las alegrías que hubieran llovido, la prosperidad y la avaricia se daban la mano entre los habitantes de aquel viejo caserón. Eladio no era la excepción de la saga. Había heredado el porte soberbio y huraño de su padre. El mismo que lucía el abuelo. Curiosamente, aquel hombre de carácter agrio había tomado cierto apego por

el muchacho de Carmen. Le gustaba la furia que empleaba en la limpieza de las cuadras. En su rostro de niño se dibujaba una determinación que se había ganado su respeto. Antes de que el chaval abandonara el pueblo y, aún después, durante las vacaciones, él le permitió montar alguno de sus caballos.

Más rápido, un poco más, ahora saltaré el riachuelo, ahora me agacharé al pasar por esas ramas bajas, ahora subiré a la ermita. Más rápido, un poco más. En su inmensa cama de la suite china, bajo la colcha con flamencos bordados y las cortinas corridas para no ver las luces de su penitencia, Jaro recordaba aquellas tardes de cabalgadas por el monte. Le invadía el recuerdo del viento fresco golpeando su rostro, el olor dulzón del animal, el galope vigoroso entre sus piernas, el poder de dirigir las riendas y, por encima de todo, la enloquecida sensación de libertad. Al día siguiente telefoneó a Mercuri. ¿Y cuál es la mejor hípica de esta mierda de ciudad? No hubo introducción ni palabras de disculpa por el destempe de la sesión anterior, ni siquiera una condescendiente rendición. El psicólogo tampoco las necesitaba. Le facilitó la información sin dejar entrever la satisfacción que le producía aquella llamada.

Volví a montar. Joder, fue alucinante, como si algo se rompiera por dentro. Después de media hora insoportable de práctica en el picadero y de demostrar que mi estilo era nulo, pero que sabía dominar al caballo como nadie, conseguí que me dejaran largarme a dar un paseo por los alrededores. No galoparé, tranquilos, me mantendré al paso, eso dije para tranquilizarles. Pero tan pronto doblé

el camino, espoleé al caballo. La noche antes había estado lloviendo, la tierra estaba húmeda, blanda, cada paso era como un polvo suave. Más rápido. Más. ¡Un poco más! De nuevo entre mis piernas sentía el poder. Algo se liberó dentro de mí. Como si durante meses hubiera estado comprimido en una cápsula de cristal. Grité. Chillé tanto que el caballo redobló el galope y yo sentí que una grieta se abría y algo líquido, amargo y ardiente, salía de mi cuerpo.

Desde aquel día no dejé de montar. Lloviera, helara o hiciera un calor del copón yo estaba allí, en esa hípica de nuevos ricos chinos. Del entrenamiento a los caballos. Del galope al hotel. Y en cada carrera, en cada curva del camino, empecé a perder el balón. Lo que Messi no me quitó me lo robaron estos locos de cuatro patas.

—Te he hecho caso, loquero.

—Me alegro de que al fin me hayas tenido en cuenta para algo, ¿a qué te referís?

—Los caballos... llevo dos semanas montando cada día.

—¿Por eso no viniste la semana pasada?

—Y hoy vengo porque está diluviando... y también para despedirme.

—¿Me abandonás por un caballo?

—Culpa tuya...

—¿Te hace sentir bien?

—Evidentemente...

—¿Por qué?

—¡Y yo qué sé!